



PANEGIRICO DEL PROFESOR TELESFORO R. CALDERON

Por Manuel de Jesús Goico Castro

Todos los calificativos y elogios con que podemos enaltecer la figura del Profesor Don Telésforo R. Calderón, como erudito y bibliófilo, como diplomático, como pedagogo, como hombre de Estado, como civilista y como cabal hombre de letras, resultan pálidos y poco elocuentes, aún cuando estuviera encomendada la misión de pronunciar esta oración fúnebre al preclaro orador sagrado Jacques Bénigne Bossuet, aquel famoso varón francés de altas luces, quien no anhelaba la gloria en la cátedra sagrada sino “enseñar santa y fielmente la verdad”, con la magia excepcional de su verbo grandilocuente.

Con gran mansedumbre y robusta espiritualidad vivió Calderón en perenne vigilia, absorto, conmovido, preocupado por descifrar en los libros los misterios del infinito y los perfiles del pensamiento y de la cultura universal. Su noble y positiva existencia fue un regalo de los dioses a su patria durante las nueve décadas que le tocó morar en este valle de lágrimas. Su estatura

moral, su perfil griego y el tono amable de su ilustrada palabra nos obligaron a pensar que estábamos frente a un personaje del Renacimiento o del Siglo de Oro Español.

Era lúcido su pensamiento, orientado como una rosa náutica, a todos los meridianos del saber humano.

Pocos dominicanos han podido forjarse una cultura y una erudición tan vastas. Acaso él encarnaba un moderno Giovanni Pico de la Mirándola —personaje italiano que atesoraba todos los conocimientos de su época en el siglo XV— semejante a este ilustre muerto por la grandeza de su sencillez y la profundidad de su sabiduría.

Calderón tuvo el privilegio de imprimir a sus diálogos y tertulias literarias un sello de recoleta dignidad, un iluminado clima de ágora, donde todos los amigos predilectos y contertulios habituales le profesábamos profunda simpatía y sincero afecto: Emilio Rodríguez Demorizi, Juan Jacobo de Lara, Rubén Suro, Federico Henríquez Grateaux, Manuel del Cabral, Mario Concepción y otros. En un tiempo lejano Joaquín Balaguer, Américo Lugo, Virgilio Díaz Ordóñez, Tulio Cestero, Max Henríquez Ureña y otros entes de gran jerarquía intelectual, inspirados en el designio divino de amar la sabiduría e interpretar y cultivar la mística de la amistad como fuente de paz y de confraternidad entre los hombres y las naciones. Nadie era convocado a aquellos conciliábulos culturales; a veces coincidíamos unos y otros al azar al acogedor y amable hogar de Telésforo R. Calderón, aquel cenáculo o academia circunstancial o esporádica, donde aflúan con frecuencia tantas lumbreras, hombres símbolos, gloria y prez de las letras nacionales.

Parientes y amigos, y a veces diplomáticos extranjeros, que tuvimos la fortuna de departir en aquel cenáculo de tan alto abolengo, en pláticas orientadoras de patriarcal sabiduría, quedábamos maravillados de aque-



lla portentosa memoria, de aquella sólida ilustración, nutrida de argumentos valederos para discurrir largas horas, en torno a los más variados temas de las artes, las ciencias y las letras, en aquel templo que es su Biblioteca, inmenso tesoro, sacrosanta fuente del saber humano, forjada por un cabal hombre de letras, digno de reverencia en el presente y en la posteridad.

Cultivó el periodismo y la literatura en forma sobresaliente y el magisterio por innata vocación y como un apostolado hostosiano, en función de orientador de las nuevas generaciones y contribuyó con esa señera misión a proyectar y a robustecer los lauros y los altos timbres de La Vega, su ciudad natal, ciudad olímpica, como meridiano cultural de la República, en las primeras décadas del presente siglo.

Su renombre como pedagogo lo hizo alcanzar el rango de Ministro de Educación y Bellas Artes. También ejerció con sapiencia y gallardía funciones en la carrera diplomática como Embajador en Italia, en Cuba, en Grecia y en Israel. Desempeñó otros cargos preponderantes en el Gabinete y fue prominente Legislador, en el tiempo en que las funciones de Diputados y Senadores eran desempeñadas por los más prominentes hombres del país.

El irreversible reloj del tiempo marca que cerca de tres décadas se encontraba enclaustrado, —como un monge benedictino—, dentro de las bien decoradas y organizadas murallas de los anaqueles de su portentosa Biblioteca, en su atalaya o torre de marfil de la Calle Rodríguez Objío, pero siempre abierto para la más óptima comprensión y el diálogo con letrados y estudiantes, siempre generoso y cordial, con una beatífica sonrisa, haciendo galas de un humor pletórico de espiritualidad, aureolado de un poder carismático que concitaba profunda simpatía, como ídolo de cuantos tuvimos el honor de cultivar su valiosa amistad.



Ya casi no tenemos dónde ir para disfrutar de tanta bondad y sabiduría. Sólo nos queda su recuerdo y la gratitud que le profesamos que habita como eterna fragancia y música sagrada en nuestro corazón.

En Telésforo R. Calderón se extingue uno de los dominicanos de más finos modales; caballero de un refinamiento poco común en esta patria y acaso en otras muchas naciones que habitan el hemisferio occidental en los tres últimos lustros de este siglo XX que agoniza.

Por supremo designio de la Divinidad viaja este hombre ilustre al mundo de lo desconocido, en santa paz con Dios y con sus semejantes; pero sus principios, su credo patriótico y su ilustrada palabra, continuarán vibrando en el tímpano de nuestro espíritu, en permanente ofrenda a la verdad, al bien y a la belleza.

¡Adiós compatriota, compadre y Maestro! ¡Bienaventurados los que como tú han vivido en la más reconfortante y leal compañía que pueda disfrutar un ser pensante: la más íntima y cotidiana compenetración con los **libros**, que al tiempo que irradia luz de sus páginas, iluminan el alma y hacen ver más diáfana la grandeza de Dios e incitan a comprender mejor todo cuanto tiene de noble y de sagrado el corazón humano!

¡Descansa en paz, eminente ciudadano, después de haber conquistado, con relevantes prendas morales y cívicas, —que enorgullecen a tus parientes y amigos—, el respeto y la admiración de la República!

Cementerio Cristo Redentor
Santo Domingo, R.D.
27 de septiembre de 1985.

